

ramona se entrega (secundarias partes serán mejores)

Alejo Campos

Presentándose como revista de arte “puro-texto”, no creí malentender ningún rictus iconoclasta en **ramona**; no me sedujo porque su pose anti-imagen preconizara una campaña a favor del comentario “teórico” sobre el arte, sino que me encantó su paradójica sentencia de que no es el comentario sobre el arte sino el arte mismo, el que es y será teórico. Un poco tras la estela de la utopía adorniana sobre la crítica, y en contra de los fáciles visibilismos *alla Warburg*, **ramona** me hizo creer que prescindir de las imágenes del arte pone en el centro del problema, cuando uno escribe sobre arte, la “imagen artística”: no viéndose acompañado de reproducciones, el comentario evidencia lo que el comentarista pudo ver, o puede hacernos ver. Eso aclara muchas cosas: que el arte es y será teórico porque dice qué y cómo ver: teoría en su acepción original de observación sesgada, experimental: crítica-clínica, no teoría como “discurso o lectura”. Que **ramona** papel pueda dar una versión polémica sobre la opinión escrita a través de la opinión escrita es lo que me sedujo: su rol paradójico. Sobre la promesa o deseo de que de ello entendamos una misión teórica principal para el arte futuro (entiéndase bien: una “visión”, o redundantemente si hace falta, una “visión teórica” que polemice con otras visiones –políticas, científicas, filosóficas, etcétera– a través de los medios de la imagen artística), qui-

siera aclarar algunas cosas. Estamos acostumbrados a tópicos sobre el lenguaje y la racionalidad que, combinados, son una trampa mortal para proyectos como **ramona** papel (que ahora, en este último número, demuestra ser mortal). Hablamos y escribimos y en ello nos va el orgullo caligráfico del neocórtex calloso que creemos nuestro recurso más alto. Quiero recordar (salteándome el particular orgullo del pulgar opuesto, y solo para evitar polémicas dilatorias sobre lo manual que queda en el arte), que las líneas nerviosas de cualquier escritura cortical inteligente (como todas las que poblaron las páginas de **ramona** hasta ahora) le deben su altura a una tercera singularidad humana: un músculo glúteo exagerado, entrenado en el estarse erecto. Contra las posibilidades obvias de las que el arte y **ramona** han sido deudores onerosos del cerebro y el pulgar opuesto, quiero recordar las promesas de esa tercera singularidad humana, desde ahora principal: el mayor músculo corporal gracias al cual el pulgar y el cerebro se alejaron de la inmundicia necesidad del suelo del mundo.

Menos cerebral, menos manual, y trascendiendo el vórtice del éxito profesionalista, **ramona-futura** nos convidaría la transformación del ámbito del arte de una profesión (de fe) a la queerización de todo –fracasada la sexualización de todo–: la apertura definitiva de lo raro a través de lo-que-fue-llamado arte, a partir de entonces: *todo & cualquier cosa: la impostergable entrega de lo secundario como principal.*